

# El nuevo embajador

Enrique Berruga Filloy

No sería extraño que el próximo embajador de Estados Unidos en México sea un especialista en asuntos de seguridad. Los vecinos ya comenzaron a preocuparse en serio respecto de la capacidad del Estado mexicano para ganar la batalla contra el crimen organizado. En el *establishment* militar hablan de Estado fallido, como si fuéramos Somalia o Haití. Los gobernadores de los estados fronterizos suenan la alarma ante la creciente incidencia de secuestros y asesinatos en El Paso, Tucson y San Diego.

Para aderezar el platillo, la nueva secretaria de Seguridad Nacional de Estados Unidos es la ex gobernadora de Arizona, Janet Napolitano, conocedora como pocas de la realidad fronteriza.

Frente a este escenario, en los círculos diplomáticos de Washington se especula intensamente que el designado por la Casa Blanca para ocupar la embajada estadounidense en México será Robert S. Gelbard, un funcionario del Departamento de Estado que ha sido embajador en Bolivia (1988-1991), en Indonesia (1999-2001) y, lo más importante, subsecretario adjunto para asuntos internacionales de narcóticos y cuestiones jurídicas. En este último puesto fue un frecuente dolor de cabeza para México en los días en que el Congreso de EU aplicaba la irritante práctica de la "certificación".

Por ese medio se calificaba al resto del mundo respecto de su grado de cooperación con Estados Unidos en la lucha contra las drogas. Esta práctica, que inhibía más que fomentaba la cooperación, fue derogada afortunadamente a principios de la administración de Bush.

El desempeño de Gelbard en esos años dejó un amargo sabor de boca entre muchos funcionarios mexicanos, especialmente en el sector de la

PGR, del Ejército y la Cancillería. Aquella era una época por demás maniquea, en la que Estados Unidos hacía notar que ellos tenían el monopolio de la virtud, mientras que América Latina era todo vicio y corrupción.

Gelbard tocó esa partitura con especial claridad. Ahora, los tiempos han cambiado a tal grado que sería de esperarse que Estados Unidos, el simbolismo y el gobierno de Obama partan de la premisa de que este es un problema de dos y que más vale tomarlo como un asunto compartido.

A reserva de que se confirme o no la designación de Gelbard, un asunto crucial será que el nuevo embajador tenga comunicación directa con el Presidente. Después del encuentro bilateral que sostuvieron Obama y Calderón, debió quedar muy claro en la mente del mandatario estadounidense que la coyuntura que vive México representa un desafío de seguridad más

tangible y cotidiano que lo que pueda estar ocurriendo en Afganistán o en Irak.

Poca veces en la historia de las relaciones bilaterales ha sido tan evidente la necesidad de empatar las políticas de seguridad, de abrir de par en par el intercambio de información de inteligencia, de congelar los depósitos bancarios de nuestros narcos en los bancos estadounidenses y de usar las armerías del sur de Estados Unidos como carnada para atrapar a sus compradores favoritos: es decir, nuestros criminales.

Tan sólo este esfuerzo requiere que el nuevo embajador sea escuchado debidamente por el presidente Obama y, lo más importante, que las instrucciones bajen directamente de la Oficina Oval. Si la problemática mexicana se ve envuelta en el torbellino burocrático de las pugnas entre la DEA, el Departamento de Estado, la Border Patrol, la CIA y la Secretaría de Seguridad, habrá pocos logros y muchos desencuentros.

La ilusión que ha despertado la llegada de Barack Obama al poder deberá, idealmente, traducirse en una señal positiva hacia México, a través de las facultades que le confiera a su embajador.

**UNA DE SUS  
TAREAS  
DEBERÍA SER  
RECONSTRUIR LA  
FRONTERA  
COMÚN**



|                            |                           |                     |
|----------------------------|---------------------------|---------------------|
| Fecha<br><b>15.02.2009</b> | Sección<br><b>Opinión</b> | Página<br><b>18</b> |
|----------------------------|---------------------------|---------------------|

Una de ellas debería ser la encomienda de reconstruir la frontera común. Evitar la tentación electorera de levantar muros tan inútiles como ofensivos para, a cambio, darle fluidez al cruce de personas y mercancías, fomentar el desarrollo regional, limpiar ambos lados de la corrupción que la está asfixiando y forzar a los funcionarios de los dos países a que intercambien información de inteligencia a fin de evitar que sigan llegando armas a México y drogas a Estados Unidos.

El nuevo embajador de Estados Unidos llegará en un momento crucial de las relaciones bilaterales. Su reto principal será transmitir la noción de que busca trabajar en equipo con México, evitando actitudes unilaterales, y asegurar que en Washington se preste la suficiente atención a los vínculos binacionales para enterrar el fantasma del Estado fallido y sus indeseables consecuencias.

*Ex embajador de México en la Organización de las Naciones Unidas*

